

¡Viva Jesús de Teresa y Teresa de Jesús!

TRÍDUO

EN HONOR

SANTA TERESA DE JESÚS,

POR

D. Enrique de Ossó, presbítero,

director de la Revista teresiana.

CON APROBACION ECLESIASTICA.

BARCELONA.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1882.



¡VIVA JESÚS DE TERESA Y TERESA DE JESÚS!

TRIDUO

EN HONOR

DE SANTA TERESA DE JESÚS

POR

D. ENRIQUE DE OSSÓ, PBRO.

DIRECTOR DE LA REVISTA TERESIANA

CON APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

BARCELONA

Tipografía Católica, calle del Pino, 5

1882

ADVERTENCIA

Nuestro amantísimo padre León XIII, a nuestras instancias, por su Breve del 5 de septiembre del presente año concede indulgencia plenaria, aplicable a las almas del purgatorio, a todas las hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús que celebren este año del tercer centenario de la gloriosa muerte de la Santa, un triduo en obsequio del serafín del Carmelo; y no habiendo, que sepamos, compuesto ningún librito a este objeto, hemos escrito el presente, y también para que pueda servir siempre a las almas que quieran consagrar tres días a honrar a tan privilegiada Santa.

Bendiga este corto obsequio el corazón generoso de la incomparable heroína española en su año teresiano, y obtenga de tan seráfico corazón el despacho favorable de todas las súplicas que le presenta por manos de aquel ángel que le transverberó el corazón, ya que en el día de los santos ángeles de la guarda lo concluye.

El Autor

Montserrat, fiesta de los santos ángeles de la guarda, 1882.

TRIDUO DE SANTA TERESA DE JESÚS

DIA I

Dicho el acto de contrición se empieza con la

Oración a Jesús de Teresa, para todos los días.

¡Oh verdadero Dios y Señor mío Jesucristo! ¡Sabiduría infinita sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh amor que me amas más de lo que yo me puedo amar y entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué quiero cansarme en pedir os cosa ordenada por mi deseo al honrar en este mes a vuestra seráfica esposa santa Teresa de Jesús, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar y mi deseo desear tenéis Vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? Queréd Vos de mí lo que quisiéredes, que eso quiero yo, Señor, que está todo mi bien en contentaros. Proveed Vos para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero y deseo, si vuestro amor, que en mí viva siempre, no lo desee. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: Él viva y me dé vida: Él reine y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. No me desampares, Señor mío Jesucristo; porque en Ti espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres. Amén.

Santa Teresa de Jesús, reformadora.

Punto primero. Vino al mundo santa Teresa de Jesús para reformar las costumbres, los corazones. El siglo de santa Teresa fue el siglo de las reformas, y tan en la conciencia de todos estaba la necesidad de reformar, que los sectarios tomaron esta palabra para encubrir mejor su plan infernal y seducir más fácilmente a los incautos. Reformose el clero secular y regular; reformáronse las costumbres públicas; reformose la disciplina; reformáronse muchas órdenes religiosas, y Teresa de Jesús, que venía al mundo con todos los títulos honrosos de los grandes héroes de aquel siglo, debía ser y aparecer reformadora. Y lo fue con toda verdad. Teresa de Jesús reformó la Orden antiquísima del Carmen, restituyendo a su primitiva observancia el Carmelo, y, cosa rara, como nueva Débora reformó a los hombres y les enseñó a practicar las antiguas austeridades. Mas antes de reformar a los demás refórmase la Santa a sí misma, meditando día y noche en la ley del Señor y ejercitándose en toda clase de virtudes. ¡Oh cuán grande aparece esta Santa incomparable en su obra de la Reforma! ¡Cuántos sudores y fatigas, cuántos trabajos y contradicciones tuvo que sobrellevar! Si más difícil es reformar lo antiguo que formar una cosa nueva; si más costó a Dios redimir el mundo que crear el mundo, pues con un *fiat* sacó al mundo de la nada, y treinta y tres años empleó para su reforma, pondera, amante de la Santa, cuántos trabajos y disgustos y contradicciones tuvo que sufrir la gloriosa reformadora para llevar a cabo su obra.

Punto segundo. Y tú, devoto de la santa reformadora, ¿nada tienes que reformar? Mira tu entendimiento, ¡cuánta ignorancia de tus deberes, de la doctrina cristiana, de todo lo que más te importa! Examina tu voluntad, ¡cuánta perversión en tus apetitos, cuánto desorden en tus afectos! Examina tu casa, tu familia y tu trato, tus palabras, tus obras, tu vestir, tu cuerpo, tu alma, tus deberes con Dios, con el prójimo, contigo misma! ¡Cuánto hay que reformar en todo! ¿Y no te reformarás en obsequio de la gran santa? Todos lamentamos el desenfreno de las costumbres públicas y privadas de hoy día, y nadie apenas halla remedio a tan gravísimo mal. ¿Quieres remediarlo? Empieza tú por reformarte a ti mismo y todas las cosas que de ti dependen, y habrá ya un mal menos que lamentar, se habrá ya reformado el mundo. ¡Cuán fácil es hacer esto! ¡Ah!, que si en lugar de lamentarnos inútilmente nos diésemos los buenos a orar y obrar, ¡cuán presto se reformaría el mundo! Empecemos, pues, este año a reformarnos bajo la protección y guía de la ilustre reformadora y paisana nuestra santa Teresa de Jesús, y así será de provecho para nuestras almas su tercer centenario. –¡Oh incomparable reformadora del Carmelo, santa Teresa de Jesús! Derrama tu espíritu de reforma santa otra vez en el mundo, y en especial sobre tu España, para que reine Cristo Jesús en el individuo, en la familia y en la sociedad. Amén.

Oración final a santa Teresa de Jesús para todos los días.

¡Oh gloriosa santa mía Teresa de Jesús! Tú el serafín del Carmelo, tú la Maestra de los sabios, tú la mujer grande que todo lo puedes, tú la celadora especial de la honra de tu esposo Jesús en el mundo, tú el martillo de la herejía y el apóstol de la fe, tú la heroína española incomparable, milagro de tu sexo, pasmo del orbe, gloria de la Iglesia, sol de España, luz del mundo, acuérdate, te rogamos, pues tienes hermoso y piadoso corazón, acuérdate siempre de tus hermanos los españoles, de la Iglesia, del vicario de Jesucristo y de todo el mundo. Alcánzanos luz del cielo: mira que no nos entendemos

ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Mira cómo Cristo Jesús, nuestro Rey y Señor, se queda solo y toda la multitud sigue a Satanás. Mira que no son de olvidar los grandísimos trabajos y dolores que Jesús y tú padecisteis por salvar las almas. Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas que tanto os costaron; y por la intercesión poderosa de vuestra esposa Teresa de Jesús concedednos (en su tercer centenario) el triunfo de la Iglesia, la paz del mundo, la libertad de nuestro amantísimo padre León XIII, y la prosperidad de España, a fin de que destruidas todas las adversidades y errores seamos consumados en la unidad, no haya más que un solo redil y un solo pastor, y cantemos todos eternamente vuestras misericordias. Amén.

Pídanse con toda confianza las gracias que se desean alcanzar por mediación de la Santa en este triduo.

Fruto. Reformaré mi vida y costumbres para contribuir a la regeneración del mundo.

Máxima. Con todos seas manso y contigo riguroso.

Jaculatoria. ¡Oh qué gran Santa es santa Teresa de Jesús! Santa Teresa de Jesús nos asista.

Viva santa Teresa, la grande Santa, que endiosada decía: *Solo Dios basta.*

Cantos: Vuestra soy, para vos nací, etc. o Vivo sin vivir en mí, etc.

DIA II

Se empieza como el día primero

Santa Teresa de Jesús, doctora.

Punto primero. Dios, en su infinita misericordia, ha dado la pluma de santa Teresa de Jesús a su Iglesia para que la iluminara con su doctrina y fomentara la piedad, dicen los auditores de la sagrada Rota. Merece, pues, justamente el título de Doctora mística y Madre espiritual santa Teresa de Jesús. Teresa de Jesús es Doctora que instruye a todos los fieles en todos los estados de la vida cristiana. A los padres de familia enséñales el modo de educar santamente a sus hijos, apartándoles de malas compañías, encargándoles que cuiden que sólo vean cosas de virtud sus hijos, y sean devotos de la Virgen santísima. A las doncellas muéstrales la flaqueza de su condición, y el deber de huir de lecturas malas, y de guardar honestidad, modestia y recato. A los jóvenes les predica la vanidad del mundo; a los reyes y prelados a ser justos, a gobernar como padres que procuran ser amados para ser obedecidos, a no torcer en fin en lo más mínimo del servicio del Señor, más que se hunda el mundo. —A los grandes enséñales a ser afables con los pequeños, a los pobres a tener a gran honra el llevar la librea del Rey de cielos y tierra; a los sabios a ser humildes, y a todos en fin a que se persuadan que todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios: que solo Dios basta, y nada ni nadie de este mundo puede bastar a nuestro corazón fuera de Dios. Pero sobre todo descuella el magisterio de Teresa de Jesús en la vida espiritual, en el camino de la oración, en explicar con un método claro y

concertado los secretos de la teología mística, los regalos y requiebros que pasan entre el alma y Dios. ¡Oh qué gran Santa!, ¡qué excelente Maestra! Oigamos con respeto sus celestiales enseñanzas.

Punto segundo. ¿Cómo te aprovechas, alma cristiana, de la doctrina y magisterio celestial de Teresa? ¿Conoces su doctrina? ¿Lees sus inspirados escritos? o tal vez (baldón grande sería para un católico y español) ¿no te has alimentado aún, como quiere la Iglesia, de su celestial doctrina? Quizás te deleita el leer libros de caballería o novelas, como dice la Santa, y por esto se halla estragado tu gusto por las cosas santas. Reflexiona sobre el estado actual de tu alma, y persuádate que así como los que se alimentan de manjares malsanos tienen quebrantada la salud, así los que alimentan su alma con malas doctrinas están perdidos para siempre. Deja, pues, los pastos venenosos del mundo, y ven a apacentarte en los pastos deliciosos del serafín del Carmelo, y verás engordar tu alma, y vivirás vida santa, alegre, feliz. –¡Oh seráfica Doctora! reconozco que hasta hoy he sido ingrato a los dones del cielo. Mas quiero mejorar mi vida y mi salud, dejaré las malas doctrinas y sólo leeré las buenas y sanas.

Oración final, etc.

Fruto. No dejaré pasar día sin alimentar mi alma con la doctrina celestial de la seráfica Doctora Teresa de Jesús, leyendo su *Vida meditada*.

Máxima. Nadie lee los escritos de santa Teresa de Jesús que no mejore en sentimientos y afectos, en deseos y en amor.

Jaculatoria. ¡Oh qué gran Santa es santa Teresa de Jesús! Santa Teresa de Jesús nos asista.

DIA III

Se empieza como el día primero

Santa Teresa de Jesús, celadora.

Punto primero. Es el celo la llama de amor viva que enciende y entenece el alma, y la obliga a obrar siempre por su Amado. Teresa de Jesús, serafín por su amor, debía de ser celadora de la honra de Jesús perfectísima. “Mira este clavo, dijo Cristo a la Santa, que es señal que serás mi esposa desde hoy... De aquí adelante mirarás mi honra como verdadera esposa mía: mi honra es tu honra, y la tuya mía”. Después que quedó como *desatinada* por tan gran merced se aumentaron los deseos de trabajar por su Amado. Decíale la Santa muchas veces: “¿Qué se me da a mí de mí, sino Vos, Dios mío? Poco se me da que haya en el cielo y en la tierra otras almas que tengan más gloria que yo; pero que os amen más que yo, ¡oh! no sé si podré ponerlo a paciencia”. Fruto de su celo apostólico fue la obra de la reforma del Carmelo, las fundaciones que hizo, los trabajos y contradicciones que experimentó. Efecto fue de su celo ardentísimo el voto angélico de obrar siempre lo más santo, lo más perfecto, lo que fuese más del agrado de Dios y le diese más gloria. ¿Qué más? Todos los pensamientos, afectos, deseos,

suspiros, lágrimas, penitencias asombrosas de Teresa de Jesús no eran más que desahogos de este celo, centellicas del brasero encendido que es mi Dios, que daban en su alma de manera que se dejaba sentir aquel fuego encendido y la obligaban a exclamar: “¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Hacedla lástima, mi Dios: ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria”. (*Morada, 6, cap. IV*). “Sácame de aquesta muerte, –mi Dios, y dame la vida: –no me tengas impedida –en este lazo tan fuerte; –mira que muero por verte –y vivir sin Ti no puedo, –que muero porque no muero”. He ahí el grito de un corazón que ama con inmenso amor. ¿Así ama el tuyo?

Punto segundo. ¿Tienes celo, amante de santa Teresa de Jesús? ¿Tienes celo por la honra de Cristo Jesús? Mira tu vida, tus obras, tus pensamientos y deseos. ¡Cuán poco entra en tus cálculos el aumento de los intereses de Cristo! ¡Cuán poco empeño muestras para extender el reinado de su conocimiento y amor! Examina cuántos pecados has impedido, cuántas buenas obras has hecho o has movido a hacer, y verás que no hay apenas en ti señal del verdadero celo. Ni deseas el cielo, ni deseas el amor de Dios, ni suspiras por verte libre de las miserias de esta vida, ni trabajas con ahínco para salvarte... en una palabra, no conoces lo que es verdadero celo de la gloria de Dios. Examina con detención tus obras, tus deseos, y sal de ese estado deplorable de tibieza, y clama al serafín del Carmelo: ¡Oh gran Teresa, celadora de la honra de tu esposo Jesús!, alcanza para mi alma una centellica del volcán del divino amor que en tu pecho ardía, para que me consuma y me enardezca, y me abraza y me haga vivir y morir como tú, a impulsos del divino amor. ¿Para qué quiero la vida, oh Santa de mi corazón, si no la he de emplear en amar y hacer amar a mi Dios, al Dios de mi corazón, mi descanso y mi felicidad eterna? ¡Oh serafín del Carmelo!, o amar o morir.

Oración final, etc.

Fruto. Ya que el que no tiene celo es prueba que no tiene amor, trabajaré con todo ahínco en mi propia salvación y perfección y en la de mi prójimo.

Máxima. El verdadero amor de Dios nunca está quieto, sino que se desvive por dar a conocer al Amado.

Jaculatoria. ¡Oh qué gran Santa es santa Teresa de Jesús! Santa Teresa de Jesús nos asista.

ORACIÓN FINAL EN ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias infinitas os doy, Jesús de Teresa, por todas las que me habéis otorgado en este triduo por mediación de vuestra querida esposa y madre mía dulcísima, santa Teresa de Jesús. Haced, Jesús de Teresa y Teresa de Jesús, objetos suavísimos de mi amor, que estas gracias fielmente correspondidas me sean mérito para otras mayores, en particular para la más grande de todas, que es la perseverancia final, la que os pido para mí y todas las almas, para cantar eternamente en vuestra compañía las misericordias del Señor. Amén.

Viva santa Teresa, la grande Santa, que endiosada decía: *Solo Dios basta.*

Viva Jesús, muera el pecado.

OFRECIMIENTO QUE DE SÍ HACÍA A DIOS SANTA TERESA DE JESÚS

Vuestra soy, para Vos nací;
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, un ser, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza
Que hoy os canta amor así:
¿Qué queréis, Señor, de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis,
Vuestra, pues me redimisteis,
Vuestra, pues que me sufristeis,
Vuestra, pues que me llamasteis,
Vuestra, pues me conservasteis,
Vuestra, pues no me perdí:
¿Qué queréis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
Que haga un tal vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor;
Amor dulce, veisme aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida,
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,

Dadme guerra o paz cumplida,
Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo diré que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno, o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad,
Si abundancia y devoción,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
Solo hallo paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia,
O de hambre o carestía;
Dad tinieblas o claro día,
Revolvedme aquí o allí:
¿Qué queréis hacer de mí?

Si queréis que me esté holgando,
Quiero por amor holgar;
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo o cuándo?
Decid, dulce Amor, decid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea yo viña fructuosa
O estéril, si cumple así.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadenas,
O de Egipto adelantado,

Sea David sufriendo penas,
O David ya encumbrado;
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí:
¿Qué mandáis, Señor, de mí?

Esté callando o hablando,
Haga fruto o no le haga,
Muéstreme la ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando;
Esté penando o gozando,
Solo Vos en mí vivid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

VERSOS DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

Nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.*

GLOSA

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo
Hace a Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros;
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que solo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva;
Muerte, no me seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es el perderte a ti
Para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues a Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale,
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo a aliviar
viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,

Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin Ti no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿cuándo será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero?

V/. Ora pro nobis, sancta Teresia a Jesu.

R/. Ut digni efficiamur promisionibus Christi.

Oremus

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut, sicut de beatae Teresiae Virginis tuae, festivitate gaudemus, ita caelestis ejus doctrinae pabulo nutriamur, et piae devotionis erudiamur affectu.

Deus, qui illibata praecordia beatae Virginis Teresiae sponsae tuae ignito jaculo transfixisti, et charitatis victimam consecrasti: ipsa interveniente concede, ut corda nostra ardore Sancti Spiritus ferveant, et te in omnibus super omnia diligant. Qui vivis, etc.